

El poder del momento presente

Cristina Agaard

Hoy, 28 de febrero, y último día del mes más corto, podríamos reflexionar sobre por qué febrero tiene una duración tan diferente a la de todos los demás meses del año. La razón tiene sus raíces en la historia. En el siglo VIII a. C., Rómulo, fundador de la ciudad de Roma, estableció un calendario con sólo 10 meses, y comenzaba en marzo con el equinoccio de primavera, terminando en diciembre. En aquella época no existían enero y febrero, el invierno no se consideraba digno de ser contado. El sucesor de Rómulo fue Numa Pompilio, quien reorganizó el calendario en torno a los 12 ciclos lunares, un lapso de unos 355 días. Introdujo enero y febrero y los añadió al final del calendario, haciendo de febrero el último mes del año. Los romanos creían que los números pares traían mala suerte, al igual que el malestar que despierta hoy en día el viernes 13, por lo que Numa intentó que cada mes fuera impar. Pero para alcanzar la cuota de 355, un mes tenía que ser par y se eligió febrero, un mes dedicado a los rituales romanos para honrar a los muertos. 700 años después, César decidió cambiar el calendario lunar por uno solar, añadiendo diez días al año que se distribuyeron entre los meses. No se añadieron días adicionales a febrero para no afectar los rituales paganos que se realizaban durante este mes. El Papa Gregorio XIII cambió el calendario una vez más y aumentó el año en 10 minutos y 48 segundos para corregir una desviación menor pero acumulativa del calendario que se alejaba de los equinoccios y solsticios; de ahí el calendario gregoriano actual.

Una pequeña lección de historia, pero que pone de manifiesto la realidad de que el presente es una acumulación del pasado. Somos la suma de todas las experiencias pasadas, lo que nos trae a la mente el pensamiento simiente de la meditación dada por el Tibetano a alguien de Su grupo, que dice: ‘El pasado ha desaparecido. Soy el pasado que me hace ser lo que soy. Llega el futuro. Soy también el destino venidero, por lo tanto, soy ése. El presente fluye del pasado. El futuro colorea lo que es. Construyo el futuro por mi actual conocimiento del pasado y la belleza del presente y, en consecuencia, *yo soy ese yo soy*.’¹

La belleza del momento presente es una idea que está surgiendo de forma muy definitiva hoy en día en la conciencia humana. El entrenamiento de la atención plena, que consiste en centrarse en el momento, se enseña en todos los ámbitos, por ejemplo, en las escuelas, universidades, empresas y centros de salud, por nombrar solo algunas áreas. El objetivo de la práctica de la atención plena es desarrollar una atención focalizada en el momento presente que, cuando se practica de forma persistente, conduce a la capacidad de distanciarse cada vez más de la mente y las emociones, para verlas desde un estado superior de conciencia. Como sabemos, mantener la atención en el momento es en realidad una habilidad avanzada, ya que se pierde con demasiada facilidad por la intrusión de pensamientos sobre el pasado o ansiedades y esperanzas para el futuro. Sin embargo, la gran cantidad de personas que hoy en día, en todo el mundo, se esfuerzan por alcanzar este estado de alerta están provocando un cambio en la conciencia. Solo se necesita un momento de alineamiento con el ser superior, un momento de

enfoque único para que entre la luz superior. Cuantas más veces nos esforcemos por estar presentes, mayor será la oportunidad para que esta luz realice su magia en el mundo; luz que está preparando el camino para la reaparición de Cristo.

Nuestro trabajo para estar presentes en el momento es, por lo tanto, vital, y descubrimos que, a medida que nos esforzamos en este empeño, nos volvemos más desapegados y ampliamos nuestra visión. Nos damos cuenta de que hay más en el momento presente de lo que parece a primera vista. Porque el presente contiene todas las potencialidades, y tenemos que aprender a penetrar más allá de lo exotérico para reconocer todo lo que ofrece un momento. Esto nos recuerda el Sutra 13 de Patanjali tal como está escrito en La luz del alma, dice: Mediante este proceso (que es el proceso de unicidad) se conocen los aspectos de cada objeto; entonces sus características (o forma) su naturaleza simbólica, y su uso específico en la condición de tiempo (etapa de desarrollo) son conocidos y comprendidos. Libro III ²

Al aprender a concentrarnos, a mantener un foco único en el momento, nos movemos más allá de todo lo que nos llega a través de nuestros sentidos, para ir tomando conciencia gradualmente del significado que está velado por la forma que vemos, es decir, su cualidad subjetiva y su etapa de desarrollo que la relaciona con el todo, también se revela gradualmente.

Mediante la escucha atenta y la observación enfocada, podemos empezar a ver la verdadera naturaleza de la forma, que es el resultado de su pasado. También tratamos de comprender la naturaleza simbólica de la forma, la idea encarnada en su interior tratando de convertirse en existencia objetiva. La mejor manera de entenderlo es en términos de la forma humana, ya que es a través del esfuerzo por comprender la naturaleza simbólica de nosotros mismos que logramos comprender la naturaleza de los demás. Al observar la mente y las emociones, comenzamos a comprender las causas de por qué pensamos y actuamos como lo hacemos. Al examinar cada pensamiento, tenemos el poder de influir en el futuro, ya que al reorientar la mente desde los pensamientos dañinos, negativos o egoístas hacia los que son buenos, verdaderos y bellos, sembramos las semillas de las correctas relaciones humanas en nuestro entorno. Servimos como observadores del momento, ya que al establecer el vínculo entre causa y efecto y trabajar con las causas, influimos en el futuro y servimos a los grupos de los que formamos parte. A medida que comenzamos a contactar la idea que existe detrás de nuestra forma, nos damos cuenta de nuestra unidad subjetiva con todo lo que existe y de que todas las personas están recorriendo el camino para convertirse en un purificado hijo de Dios, cada uno trabajando para lograr una parte particular del Plan divino.

Los poderes psíquicos superiores entran en juego para quien está verdaderamente centrado en el momento: el de la percepción espiritual con su conocimiento infalible, la intuición con su juicio infalible y la psicometría de tipo superior con su poder para revelar el pasado. La verdad oculta en la idea subjetiva, es decir, la vida que ha sido velada por la conciencia, se revela lentamente a través del desarrollo de estos poderes. Entonces se puede conocer el estado actual de desarrollo de una forma y su futura relación con el todo.

Cada uno de nosotros es un producto de nuestro pasado, de nuestra experiencia adquirida a lo largo de una multitud de vidas, y aportamos esta experiencia combinada en nuestro trabajo conjunto de hoy. A medida que trabajamos en el presente esforzándonos por mantener un

enfoque unificado para crear y sostener una red triangular en la sustancia etérica, cada uno de nosotros trata de contactar la idea que está buscando expresión en su corazón, contribuyendo al futuro y a la revelación y gloria del Plan divino.

Referencias:

1 Discipulado en la Nueva Era I pág. 210 ed.in.

2 La Luz del Alma pág. 238 ed.in.